[LEJOS]

LEJOS, como una montaña que se desvanece
entre las nieblas azules y la lluvia,
os recuerdo yo ahora, en esta mañana de sol glorio
humildes muertos hundidos en el fango de la trinchera.

Todavía más lejos. Más lejos que esa montaña de mi memoria
y que este sol sin esperanza que me hiere;
tan distantes como aquel día que os contemplé
sobre la desolada llanura
y pude tocar bruscamente vuestros cuerpos sin vida.

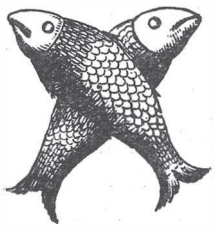
Y, sin embargo, estáis aquí
todavía en la distancia de muy pocos años
y si adelanto mi mano ciegamente
aún noto otra vez vuestro tacto de hombres verdaderos.

Pero no quiero, no quiero recordaros.
Pregunto por vosotros
perdidos inútilmente,
dados para nadie, sembrados como trigos
para una cosecha sin nacimiento en la tierra,
dolorosos amigos, inmutables compañeros de siempre,
con los que tantas veces compartí el calor de la sangre
tendidos sobre el barro terrible de la guerra.

Si tuviera un bramido,
un trueno clamante
y no esta pobre humana y dolorosa voz
que sólo sabe de palabras para dar un vago nombre a las cosas,
yo correría, con el cuerpo incendiado como una antorcha,
por todos los rincones terrestres donde yacéis derribados
y gritaría, golpearía las tumbas
para convocar muchedumbres de cadáveres
que asesinasen salvajemente
a aquellos que cortaron vuestras jóvenes vidas...

Pero no,
mi voz es tan pequeña
—aunque vivo, muerto estoy con vosotros—
que sólo puedo cantar y llorar y recordaros..

(Inédito.)



JOSÉ LUIS HIDALGO